



LA HERENCIA DE LA REVOLUCIÓN RUSA

(1917- 2017)

VLADIMIR LAMSDORFF

VLADIMIR LAMSDORFF

LA HERENCIA DE LA REVOLUCIÓN RUSA (1917-2017)

ARGUMENTOS PARA EL SIGLO XXI



Colección: Argumentos para el siglo XXI
Director de la colección: Emilio Chuvieco
© Autor: Vladimir Lamsdorff
© Digital Reasons, 2017
www.digitalreasons.es
info@digitalreasons.es
Antonio Cumella, 16- 28030 Madrid (España)

Diseño de cubierta: Enrique Chuvieco. Imagen Shuttlestock Id: 249571258. Familia real rusa en 1914. De izda a derecha, sentados, Maria, la Reina Alejandra, el Zar Nicolás II, Anastasia, Alexei. De pie, Olga y Tatiana.
Diseño de interior: Enrique Chuvieco.

ISBN: 978-84-946864-7-4
Depósito Legal: M-27699-2017

Ficha bibliográfica: Lamsdorff, Vladimir (2017): *La herencia de la Revolución rusa (1917-2017)*. Madrid, Digital Reasons.

Impresión: Publicepe. El papel utilizado en la impresión de este libro tiene certificación ambiental FSC y están libres de cloro. Los residuos de la producción se gestionan por empresas certificadas ambientalmente.

Impreso en España

Las afirmaciones incluidas en el libro son responsabilidad exclusiva del autor. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ÍNDICE

Prólogo.....	5
1. Introducción	7
2. La gloriosa revolución de octubre	17
2.1 La consolidación	19
2.2 La guerra civil	22
2.3 El terror.....	30
3. El reinado de Lenin	35
3.1 La N.E.P.....	38
3.2 La cultura.....	40
4. El ascenso de Stalin	45
4.1 El secretario general.....	45
4.2 La colectivización.....	48
4.3 La industrialización.....	50
5. La economía planificada.....	53
5.1 La hipótesis de Fedoséyev.....	57
5.2 Las paradojas de los indicadores.....	62
5.3 El progreso técnico.....	69
5.4 La información y usted.....	73
5.5 Tendencias.....	78
5.6 ¿Qué dice la experiencia?	86
6. El reinado de Stalin	89
6.1 El Gulag.....	89
6.2 La población.....	97
6.3 Las purgas	106

6.4	La guerra.....	110
6.5	Estrategias.....	119
6.6	La postguerra	126
6.7	Nuevas purgas	128
6.8	El fin de Stalin	130
7.	Sin Stalin	133
7.1	Nikita Khrushchev	134
7.2	Los años de estancamiento.....	139
7.3	La Perestroika	144
7.4	La revolución de agosto de 1991	152
8.	La herencia.....	155
8.1	¿Democracia?	155
8.2	El armamento	157
8.3	¿Privatizar?	159
8.4	La agricultura.....	163
8.5	Los nuevos rusos	165
8.6	Ecología	167
8.7	¿Qué ha quedado?	171

PRÓLOGO

La revolución rusa fue un acontecimiento que no pasó desapercibido. Su centenario, afortunadamente, ya no es de actualidad. Con todo, puede ser una buena fecha para repasar lo ocurrido después de ella, y así no exponernos a la condena que merecen los pueblos que ignoran la historia: tener que repetirla.

En la historia de la revolución y del subsiguiente régimen comunista, hay muchas cosas específicamente rusas, no repetibles en otros países: la riqueza, la extensión, el clima han determinado muchos acontecimientos. Otros dependieron de la propia idiosincracia de los actores principales: Nicolás II, Kerensky, Lenin, Stalin.

Pero muchas características del régimen, justamente las principales, no dependen del tiempo y del lugar. Aparecen dondequiera se establece una economía planificada por el Estado, en lugar de por las preferencias de los consumidores. Una economía donde se prohíbe el lucro y se convierte a todos en funcionarios. Una economía que procura la igualdad y abomina de la libertad. Cuando esto se intenta, entran en juego leyes objetivas, que se cumplen tanto en Rusia como en Camboya, en China, en Alemania o en Cuba. Y estas leyes son las que he procurado exponer en este libro, de la manera más asequible

que he sabido. Conociéndolas, quien sea partidario de un régimen de este tipo sabrá a qué se expone y elegirá con conocimiento de causa. Y quien no lo sea, sabrá mejor por qué mantenerse en su opinión o modificarla.

1. INTRODUCCIÓN

Se suele pensar en la gloriosa y triunfante Revolución de Octubre como un espontáneo levantamiento de un pueblo oprimido que acabó con una arcaica, tiránica y corrupta monarquía zarista.

— Así fue, ¿verdad? ¿Seguro? ¿Sí?

— Pues no.

El régimen imperial ya no existía desde febrero de 1917, cuando tomaron el poder los demócratas rusos. Con quienes acabó la revolución bolchevique fue con estos. No con el zar.

Y por cierto, ya que de él hablamos, el último zar, Nicolás II, estaba muy lejos de la imagen de un tiranuelo absolutista e ineficiente que habitualmente se pinta de él. Para empezar, Rusia era desde 1905 una monarquía constitucional, con un poder judicial independiente (instituido en 1861 por Alejandro II) y un poder legislativo ejercido por un parlamento electo, la Duma.

La Duma era una institución respetada por su independencia y, en general, su buen criterio. Estaba representado en ella un amplio abanico de partidos. La mayoría eran de centro-derecha: los KD (constitucional-demócratas, liderados por Miliúkov) y los «octubristas» (por la fecha de la constitución, encabezados por Guchkov).

Eran partidos «del régimen». A su derecha estaban los partidarios del sistema anterior (Márkov, Purishkévích), hostiles a la propia constitución. La izquierda se colocaba deliberadamente fuera del sistema. Su principal partido había tomado el nombre de social-revolucionario. Pero en la revolución pensaban los demás también. Eran hostiles a cualquier cosa que votara la mayoría, por muy beneficioso que fuera para el país.

Incluso desde antes de la constitución, el reinado de Nicolás II (que en 1894 heredó el trono por sorpresa y muy a pesar suyo) era un éxito en todos los campos. Estableció, y mantiene aún hoy, el récord del mundo de desarrollo económico: 20 años seguidos de crecimiento industrial del 14% acumulativo, de 1893 a 1913 (1914 ya no cuenta, por la guerra). Rusia todavía era la cuarta potencia industrial (detrás de EE.UU., Inglaterra y Alemania), pero los economistas que han extrapolado sus curvas de crecimiento concluyen todos más o menos lo mismo: que a día de hoy la superpotencia sería Rusia, y que los Estados Unidos, en comparación, serían como Canadá comparado con Estados Unidos: un país rico, próspero, sí, pero de segundo orden.

Además, Nicolás II realizó la única reforma agraria exitosa del siglo XX, la llamada Reforma de Stolypin. Ciertamente, la hizo Stolypin pero también se necesitó a un emperador que lo nombrara primer ministro y que lo mantuviera en el puesto hasta su asesinato, pese a todas las presiones de prácticamente todos los sectores, salvo los propios campesinos. Con esta reforma, Rusia pasó a exportar más cereales que todos los demás países juntos.

Y en el campo de las letras, las artes, las ciencias, su reinado es llamado la Edad de Plata de la cultura rusa.

¿Por qué, entonces, cayó?

Es una triste historia. Desde luego, buena parte de la intelectualidad ansiaba cambios, con una ingenua idealización del «pueblo» (venía de lejos: en el siglo XIX, los terroristas que echaban bombas se llamaban a sí mismos «¡voluntad del pueblo!»). La condición obrera era mejor que en los demás países industriales (por la exuberancia de la agricultura y la avanzada legislación laboral), pero distaba de ser buena: estábamos a principios del siglo XX. El caldo de cultivo para la extrema izquierda estaba servido. Esto se hubiera superado sin problemas, como se superó en otros países, con una administración eficiente. Pero esto lo imposibilitó el ascenso de Rasputin, un campesino que tenía poderes curativos, gracias a los cuales salvó repetidamente la vida al príncipe heredero, que padecía hemofilia. La pareja imperial, especialmente la emperatriz, vio en él a un enviado de Dios y se acostumbró a seguir sus consejos. Pero en realidad, era un mujeriego corrupto que usó su cercanía al trono para fines poco confesables.

Aún esto tenía remedio. Pero cuando estalló la I Guerra Mundial, los nefastos nombramientos militares inspirados por Rasputin malograron las brillantes victorias iniciales. Nicolás II optó por tomar él mismo el mando del ejército, dejando a la emperatriz gobernar en la capital. Y a través de ella, gobernó Rasputin. En lugar de los hombres de estado honrados y competentes que habían secundado al zar, los Witte, Stolypin, Durnovó, Kokovtsov y tantos otros, Alejandra fue nombrando a «trepas» que habían comprado a Rasputin o bien a cortesanos inofensivos, pero ineficientes. En cambio hombres íntegros y capaces como el ministro de la guerra Polivánov, el de Instrucción Ignátiev o el de Asuntos Exteriores Sazónov no podían soportar a Rasputin y precisamente por esto fueron cesados.

La Duma no se mantenía indiferente. Su mayoría no era antisistema, y por eso mismo, se indignaba e inquietaba viendo a la emperatriz saboteando activamente su funcionamiento. No solo ya los constitucionalistas, sino incluso Purishkévich, en la extrema derecha, protestaban contra sus nombramientos. Pero eso no tuvo otro efecto que interrumpir la buena colaboración entre el gobierno y la Duma que hasta entonces había existido.

Tal era la indignación que Purishkévich decidió eliminar a Rasputin. Él y el príncipe Yusúpov lo asesinaron en 1916. Pero ya era tarde.

Tampoco la Duma fue un dechado de buen gobierno. La guerra, como en todos los países beligerantes, se estaba financiando con inflación. Y a la Duma no se le ocurrió otra cosa, para evitar el encarecimiento del pan, que votar una ley de precio máximo. Pero al subir todo, menos el trigo, a los campesinos se les volvió desventajoso cultivarlo o/y venderlo. Pasó lo que siempre pasa: un precio tasado inferior al de mercado produce desabasto. En San Petersburgo, la escasez de pan, hasta entonces abundantísimo, provocó un motín que aprovecharon las izquierdas y la oposición democrática, y que no supieron prevenir, apaciguar o sofocar los inútiles ministros de la emperatriz. El zar abdicó.

Los demócratas

Tomó el poder la Duma, cuyos delegados habían ido a Pskov a exigir su abdicación a Nicolás, que había quedado allí bloqueado al tratar de volver a su capital. El 12 de marzo el presidente, Rodzianko, formó un gobierno provisional con los líderes de todos los partidos, salvo los de extrema derecha. Una delegación se reunió con el Gran Duque Miguel, hermano del zar, en quien

éste había abdicado, y lo obligó a abdicar a su vez. Se proclamó la República.

A la vez, tomaron el poder los obreros y soldados amotinados, que eligieron un Consejo (*Soviet*) de delegados de soldados y obreros. A la noche del mismo 12 de marzo, la Duma y el *Soviet* tenían por sede dos alas distintas del mismo palacio Tavrícheski. Y ambos ejercían el poder supremo en la neonata república, cada cual por su cuenta.

Se preguntará el lector: ¿cómo eran posibles dos poderes supremos a la vez? ¿Cómo podían actuar? ¿Cómo se entendían entre sí?

Entre sí, desde luego, no se entendían de ninguna manera. Y su modo de actuar era muy simple: cualquiera de ellos promulgaba una ley, un decreto o una orden, y el otro no tenía poder para anularlos.

Eso sí, una cosa tuvieron en común: tanto el Gobierno como el *Soviet* usaron su poder con una inenarrable, colosal, superlativa estupidez.

Quienes hemos vivido los últimos años de Franco recordamos las pintadas de los estudiantes: «Disolución de los cuerpos represivos». Por suerte, en la Transición no los disolvieron y la Policía Nacional sigue con sus gorras, la Guardia Civil con sus tricornos.

Pero en Rusia sí los disolvieron. Y el país se encontró sin policía de ningún tipo, ni siquiera municipal. El «orden jurídico» que se instauró es fácil de imaginar.

Por si fuera poco, al *Soviet* se le ocurrió que un país democrático ha de tener un ejército democrático. Y se apresuró a promulgar su famosa *Orden número primero*. Según ella, en cada unidad militar los soldados debían elegir un *Soviet*, éste tenía que tomar el control del armamento y las órdenes de los oficiales solo debían obedecerse si eran compatibles con las del *Soviet*. La tal *Orden* fue impresa en siete millones de ejemplares y repartida en todo el ejército.

Obviamente, cada *Soviet* de soldados legisló lo que bien le pareció y aparecieron decisiones de lo más extraño y pintoresco. No faltaron *soviets* que ya que tenían el poder de hacerlo, decidieron que «vámonos todos pa'casa». Pero Rusia es país de enormes distancias, y «pa'casa» podía requerir días, incluso semanas de viaje, durante el cual había que comer. A falta de dinero, los soldados se llevaban el arma. Y no había policía.

¿Y el flamante Gobierno? No quiso ser menos y puso su granito de arena en el desastre. Su ministro de Justicia, el abogado Kerenski, promulgó una amnistía. Y a la invasión de miles (pronto serían millones) de desertores armados se sumó la repentina suelta de decenas de miles de delincuentes comunes (la gente los llamó «polluelos de Kerenski»). Y, repito, no había policía. Ninguna.

Entre esto y el sacrosanto derecho de huelga, se desorganizaron el transporte, la distribución, el comercio y apareció el hambre. No ya aquella accidental escasez de pan, sino la falta de todo tipo de alimento.

Pero lo que le pareció urgentísimo al Gobierno fue reformar la administración local (en conjunto excelente, desde la instalación de los *zemstvo*, parecidos a nuestras diputaciones). En su lugar, el Gobierno ideó autonomías. Eso y surgir nacionalismos fue todo uno.

A todo esto, el país seguía en guerra. Pero en guerra, ¿para qué? ¿Con qué objetivos?

El nuevo poder no lo tenía claro. Los partidos de centro-derecha, mayoritarios en el Gobierno, eran partidarios de la «lucha hasta la victoria final».

En el *Soviet* predominaban las izquierdas. Su idea era la «paz sin anexiones ni contribuciones». Pero sus partidos eran los social-revolucionarios (SR) y los social-demócratas (SD), éstos divididos en «mencheviques» y «bolcheviques». Estos últimos agitaban por la paz inme-

diata y a cualquier precio (para eso sus líderes, encabezados por Lenin, habían sido traídos desde Suiza cruzando Alemania y recibían abundante financiación del Estado Mayor alemán; eso incluso salió en la prensa, pero nadie tomó medida alguna: «Representan al pueblo»).

Obviamente, dirigir una guerra sin objetivos declarados, con los oficiales desautorizados y los soldados desertando en masa, era misión imposible. Así se lo expuso al Gobierno el comandante en Jefe, general Alexéiev, acompañado de los comandantes de los cuatro frentes: alemán, austro-húngaro, rumano y turco. La reacción fue la típica: cesarlos. Kerenski se hizo nombrar ministro de la Guerra, pensando que él lo haría mejor (en el mismo convencimiento, llegó a hacerse cargo del mando supremo del ejército). Como sus conocimientos militares eran nulos, pensó que el deplorable comportamiento de los soldados se debía a la propaganda enemiga (algo de eso había, por supuesto, pero lo principal era el cansancio de una guerra sin perspectivas de victoria y la inquietud por las granjas o negocios abandonados). Para ponerle remedio, el flamante ministro decidió convencer al pueblo en armas de la necesidad de defender la democracia, las reformas progresistas, las libertades fundamentales (prensa, palabra, reunión, manifestación...) y a la futura Asamblea Constituyente contra la amenaza de las fuerzas reaccionarias (qué más hubieran querido éstas que ser una amenaza). Y fue recorriendo el frente dando discursos. Se ganó el apodo de «Conversante en Jefe», pero el caso que le hicieron las tropas fue descriptible. Y cuando ordenó una ofensiva general en el frente austríaco (el más «fácil»), los soldados, después de un avance inicial, cuando toparon con una resistencia seria se negaron a combatir. Como bromeaban los alemanes, «el Ejército está en huelga» (y no andaban tan descaminados).

Tal fue el descrédito que en julio de 1917 los bolcheviques trataron de aprovechar una enésima manifestación para tomar el poder. Pero el gobierno había acuartelado cerca de la entonces Petrogrado tropas fieles (cosacos y un regimiento de Caballeros de la Orden de San Jorge, lo que aquí sería un regimiento de laureados). El levantamiento fue sofocado, las unidades amotinadas fueron licenciadas y los dirigentes bolcheviques detenidos (e inmediatamente puestos en libertad: quien no era «reaccionario» no se consideraba amenaza). Pero el ministro que se había atrevido a nombrar a los bolcheviques «agentes alemanes» tuvo que dimitir y las tropas fieles volvieron al frente.

Con todo, tras haber visto las orejas al lobo, Gobierno y *Soviet* decidieron llegar a un acuerdo. Se formó un gobierno de coalición, con representación del centro-derecha, SR y mencheviques, con Kerenski, que en un arranque de humildad, se dignó aceptar el cargo de Presidente del Gobierno.

Las cosas, obviamente, fueron de mal en peor. Entonces Kerenski tuvo la idea de llamar al prestigioso general Kornílov y le propuso formar un «directorio» civil y militar que restableciera el orden. Kornílov aceptó y se dirigió a Petrogrado con una fuerza de cosacos al mando del general Krasnov. Detuvo a las tropas antes de llegar y se fue a ver a Kerenski solo con su jefe de Estado Mayor, general Krymov. Pero resultó que Kerenski había cambiado de opinión y cuando tuvo a Kornílov delante, mandó detenerlo por «golpista». Según la versión oficial, Krymov, al verlo, se suicidó en el propio despacho de Kerenski. Sigue siendo el relato dominante en los libros, pero el caso es que los suicidas no suelen dispararse por la espalda.

Esto acentuó el dominio de la izquierda en el Gobierno, ya que el centro-derecha, al ver a Kerenski desperdi-

ciar cualquier ocasión de restablecer el orden, se mostró cada vez más reacio a apoyarlo. Se continuó sin hacer nada útil, pero aumentó el sectarismo. Y se dio plena libertad a la propaganda bolchevique, que supo aprovechar el descontento de los obreros ante el considerable empeoramiento de sus condiciones de vida y el de los soldados con la guerra.

Lo que siguió «estaba cantado».

2. LA GLORIOSA REVOLUCIÓN DE OCTUBRE

En realidad, no fue ni gloriosa, ni revolución, ni de octubre (según nuestro calendario, tuvo lugar en noviembre).

Lenin decidió repetir el fracasado intento de julio, pero esta vez con mejor organización. Formó células entre los obreros y sobre todo, entre los indisciplinados, pero armados soldados y marineros de la guarnición. Estableció una clandestina jerarquía de mando y un cuartel general en la requisada mansión de la bailarina Kseshinskaya. Y lo que era más importante, manipuló las elecciones al *Soviet* de Petrogrado hasta controlarlo totalmente.

Hecho esto, aprovechando el II Congreso de los *soviets*, Lenin hizo que el *Soviet* de Petrogrado lanzara una proclama tomando el poder (por extraño que nos parezca hoy, el *Soviet* era considerado un poder legítimo). Lo secundaron entusiasmados los soldados de la guarnición (justamente entonces, el Gobierno había decidido enviar a parte de ellos al frente, cosa que aquellos héroes querían evitar a toda costa). Tomaron las calles sin encontrar resistencia.

¿Y el Gobierno?

El Gobierno celebraba Consejo de Ministros, en el Palacio de Invierno, y disponía para su seguridad de un

regimiento de cosacos. Ante el cariz de los acontecimientos, el coronel que lo mandaba se presentó en el Consejo y pidió órdenes. Poco le hubiera costado disolver a los sublevados. Pero como un gobierno democrático debe tener cosacos democráticos, se le contestó que pusiera las órdenes a votación entre sus hombres, para que su acendrado civismo les impulsara a salir en defensa de la legalidad vulnerada. Los cosacos, sin embargo, votaron «nos vamos». Montaron a caballo y se marcharon.

Solo quedaron, defendiendo la fachada del Palacio, unos cadetes de una academia militar y parte de un batallón de voluntarios organizado por la feminista Bocharova (cuya posterior suerte fue poco envidiable). Los amotinados, simplemente, pasaron por las puertas de atrás, llegaron sin resistencia a los ministros y se los llevaron a las mazmorras de la fortaleza de Pedro y Pablo.

Eso fue toda la «revolución».

Pero Kerenski había logrado salir del Palacio a tiempo, meterse en un automóvil y escapar de la ciudad. Se acordó entonces de los cosacos del general Krasnov, parte de los cuales seguía acantonada desde la intentona de Kornílov. Fue a ellos y les ordenó que marcharan hacia la capital, restablecieran el orden y lo repusieran a él en su cargo.

Los cosacos iniciaron el avance, pero los bolcheviques, al saberlo, destacaron a unos milicianos para cortarles el paso. Al encontrar resistencia y llamamientos a cambiar de bando, los cosacos decidieron que ellos también eran democráticos. Pusieron a votación si apoyar a Kerenski o si entregarlo preso a las nuevas autoridades (Krasnov y sus oficiales, muertos de risa, no intervinieron).

Salió «entregarlo».

Pero mientras duraban los debates, Kerenski logró huir disfrazado de enfermera. Marchó de Rusia para no volver.

2.1 La consolidación

Como dijo un contemporáneo, los bolcheviques no es que hicieran una revolución. Recogieron del suelo un poder que nadie ejercía.

Pero al principio, Lenin solo tenía el apoyo de una masa amorfa de soldados y marineros amotinados, que aprovecharon su repentina libertad para saquear las bodegas del Palacio de Invierno y cualquier taberna que encontraran. Una resistencia mínimamente organizada habría dado al traste con su poder.

No la hubo. Hicieron un intento armado los SR y mencheviques, pero el haber llevado la voz cantante en el Gobierno Provisional los contagió de su desprestigio. Nadie los siguió. En cuanto a la derecha, no tenía ni organización ni liderazgo. No se movió.

Con todo, en enero de 1918 los bolcheviques permitieron que se celebraran las elecciones a la Asamblea Constituyente (que ellos mismos, al igual que los demás partidos, venían prometiendo). Ganaron las izquierdas, pero los bolcheviques quedaron muy en minoría. La asamblea llegó a reunirse y a iniciar elocuentes debates, pero finalmente entraron marineros armados y enviaron a los diputados a sus casas.

Salvó a Lenin el partido, que gracias al incansable trabajo de organización llevado a cabo mientras todos los demás «gobernaban», tenía en todas partes células de militantes profesionalizados. El dinero de los alemanes fue usado en esto con eficiencia y acierto.

Según las proclamas del nuevo régimen, había vencido la «clase obrero-campesina». Pero estaba llamada a encabezarla la «vanguardia del proletariado», la que tenía más desarrollada su «conciencia de clase». Y ésta era el partido.

En la consolidación, es de destacar el papel desempeñado por la minoría judía, que bajo los últimos zares había sufrido discriminación... y más cosas (*pogrom* es una palabra rusa). Un judío, por definición, no era sospechoso de ser «reaccionario» y en los partidos socialistas, había judíos a todos los niveles. Una vez que tomaron el poder, los bolcheviques necesitaron, también a todos los niveles, funcionarios que supieran leer y escribir. Los del antiguo régimen eran desafectos, o sospechosos de serlo. Los intelectuales, con más motivo. Y los obrero-campesinos, sobre los que se apoyaba el nuevo poder, eran en su mayoría analfabetos funcionales (de los que saben leer, pero lo hacen poco, mal y nunca). Fue, por tanto, muy natural que los miembros judíos del partido acudieran a familiares, amigos y conocidos, y que éstos, a su vez, colocaran a otros, y otros, y otros, salvándolos del hambre y del peligro que traía el nuevo orden de cosas. A los bolcheviques les vino muy bien poder contar con un aparato administrativo instruido y poco sospechoso de hostilidad. Así la presencia de judíos en los órganos de gobierno, en los primeros años de régimen, llegó a ser mucho más que proporcional a su porcentaje en la población total, dando lugar a la percepción, errónea, de que el bolchevismo era «poder de los judíos».

En toda la administración del inmenso estado, las células bolcheviques recibieron orden de sustituir a las autoridades existentes e instaurar el nuevo poder. Procedieron a nacionalizar fábricas, bancos, transportes, almacenes, periódicos, imprentas y curiosamente, desaparecieron los «derechos» de que habían gozado los trabajadores bajo el gobierno provisional, especialmente el de huelga: por la revolución, ¡hay que hacer sacrificios!

En lugar de la desaparecida policía, se organizó la «milicia», también profesionalizada, y para evitar cual-

quier oposición, se creó la «Comisión Extraordinaria para la Lucha contra la Contrarrevolución y el Sabotaje», la famosa CheKa, con poder de legislar, juzgar y ejecutar, todo por el mismo órgano, que organizó checas provinciales y comarcales. Solo en los primeros años, el número de fusilados por ella se estima entre 50.000 y 140.000 personas (los zares, entre 1825 y 1905, habían ejecutado por motivos políticos a 191). El concepto de «contrarrevolucionario» resultó amplísimo, abarcando a actividades no propiamente políticas, como la «especulación» o el incumplimiento de reglamentos («sabotaje»).

Se desencadenó una salvaje campaña contra la religión, y muy especialmente, contra la Iglesia Ortodoxa: se fusilaba a sacerdotes, monjes y monjas por el solo hecho de serlo, se incendiaban iglesias, se ridiculizaba la fe en los medios de comunicación, algunos dedicados exclusivamente a esto. Se trivializó el matrimonio, se facilitó el divorcio y el aborto se hizo libre y gratuito. A la vez, se abrió la veda contra las antiguas «clases dominantes»: nobleza, burguesía, oficialidad, alto funcionariado, incluso profesorado.

Se iniciaron conversaciones de paz con los alemanes. Su gobierno se hubiera conformado con la rendición de un ejército que de todas formas, ya no estaba en condiciones de combatir. Pero el alto mando insistió en ocupar Polonia, las provincias bálticas y la parte más fértil de Ucrania, para asegurar a Alemania el abastecimiento de productos agrícolas y ganaderos (fue un error estratégico: las tropas necesarias para ocupar un territorio tan extenso habrían sido más útiles en el frente occidental). Trotsky, que encabezaba la delegación rusa, trató de regatear y ganar tiempo, pero los alemanes respondieron con una ofensiva (que poca resistencia encontró) y Trotsky recibió un fulminante telegrama de Lenin ordenándole firmar lo

que fuera. El resultado fue el *Tratado de Brest-Litovsk*, según el cual se cedía a los alemanes no solo el terreno que ya ocupaban, sino incluso provincias que hasta entonces no habían pisado.

2.2 La guerra civil

En un primer momento, el nuevo régimen no fue tan impopular. Al menos, había orden, cuya falta se había hecho sentir tan dolorosamente. Pero al año, el amplio descontento solo era contenido por el terror.

La abundancia de armamento y la multiplicidad de causas de descontento propiciaron una profusión de disturbios, pronunciamientos y levantamientos de toda índole en toda la extensión del imperio, de los que solo reseñaré los más conocidos.

Pese a su buena organización, los bolcheviques no lograron hacerse con la administración local en todas partes. En Siberia lo hicieron variopintos organismos, la mayoría dominados por los SR, algunos de los cuales formaron sus propias fuerzas armadas. Finalmente reunieron un congreso de todos ellos y acordaron formar un gobierno. Como ministro de defensa nombraron al almirante Kolchak. Este fusionó los «ejércitos» existentes en uno solo y tomó el mando, para disgusto de los SR, alérgicos a todo lo que sonara a «reacción». Su Comité Central incluso hizo un llamamiento a la resistencia armada contra Kolchak («ni bolcheviques, ni Kolchak», inteligentísimo eslogan, habida cuenta de que aparte de éstos, no había nadie más). Pero entonces los oficiales cosacos los detuvieron y Kolchak fue proclamado regente provisional de Rusia. Consolidó su poder en Siberia (pese al continuo sabotaje de los SR) y marchó sobre la Rusia europea, pero acabó derrotado.

En el sur, el antiguo comandante en jefe, general Alexéiev, levantó un pequeño ejército, básicamente de oficiales, estudiantes y cadetes de academias militares. Estos llevaban el uniforme de verano, de color blanco, por lo que este ejército fue conocido como los «blancos». Se les unieron Kornílov y varios otros generales, que habían sido reclusos por el gobierno provisional en una prisión militar. La pequeña fuerza se dirigió a la región del Don, donde los cosacos se habían alzado en defensa de sus fueros. Pero los cosacos se arrepintieron, parte de ellos reconoció a los bolcheviques, después se volvieron a levantar, y en todo momento su alianza con los «blancos» fue tormentosa e insegura.

Con todo, los «blancos» llegaron a controlar un extenso territorio e incluso lanzar una ofensiva sobre Moscú (adonde Lenin había trasladado la capital). Pero fueron rechazados y se replegaron. Tras una serie de derrotas y defecciones, quedaron reducidos a Crimea, y Denikin, que había asumido el mando tras la muerte de Alexéiev y de Kornílov, lo cedió al legendario general barón Wrangel.

Este mostró notables dotes de estadista, hizo una reforma agraria exitosa, acabó con el antisemitismo, reorganizó la administración pero faltó de recursos, atacó hacia el norte. Ocupó la Táuride, pero al terminar la guerra en Polonia, Trotsky lanzó contra él las tropas que se habían liberado. En inferioridad de fuerzas, Wrangel acabó embarcando a su ejército en la Flota del Mar Negro a la que finalmente dio acogida Francia.

En el norte, los aliados habían usado el puerto de Arkhangelsk para llevar ayuda militar a Rusia, y en el momento de la revolución quedaban ingentes depósitos de armamento que no había dado tiempo de llevar al frente. Para evitar que cayera en manos de los alemanes, los ingleses enviaron una pequeña fuerza. Con su apoyo, los

socialistas locales destituyeron a las autoridades bolcheviques y gracias a los oficiales que allí había, formaron un pequeño ejército cuyo mando asumió, finalmente, el general Miller. Intentó avanzar hacia el sur, pero tras la retirada de los ingleses, fue aplastado por fuerzas muy superiores.

En el Báltico, se formó otro «ejército blanco», bajo el mando del general Yudénich. Avanzó hacia Petrogrado, pero fue detenido y finalmente desarmado e internado en Estonia.

Además de estas formaciones con cierta pretensión de Estado, hubo otras muchas, como los nacionalistas de Petliura en Ucrania (que se dedicaron sobre todo a masacrar judíos) o los anarquistas de Majnó, que tomaron el bando de los «rojos» y fueron decisivos en la victoria sobre Wrangel, después de la cual fueron traicioneramente cercados y exterminados por sus «aliados». Añádase numerosos miniejércitos o simples bandas dedicadas al pillaje. Algunos episodios superan la imaginación más desbocada, como el ejército monárquico de Bermondt-Avalov, que en lugar de unirse a Yudénich contra los bolcheviques, se fue a atacar Riga, o el del barón von Ungern-Sternberg, que quiso fundar un imperio en Mongolia, y no lo logró porque perdió la razón...

En el bando opuesto, Lenin y sus colaboradores sacaron lo mejor y lo peor de sí mismos. Tuvieron que enfrentarse a Kolchak desde Siberia, a Denikin y Wrangel desde el sur, a Miller desde el norte, a Yudénich desde el Báltico, a Petliura desde Ucrania, a Mannerheim desde Finlandia, a Pilsduski desde Polonia y a un sinfín de levantamientos menores. Pero triunfaron.

Para ello, Trotsky organizó, ya desde enero de 1918, el Ejército Rojo Obrero-Campesino, sobre la base de nueve regimientos de fusileros letones que en 1917 tomaron

partido por Lenin. El resto fueron desertores del frente o civiles, movilizados a la fuerza. Pero ahí, ya no se habló de «ejército democrático». Las órdenes volvieron a ser órdenes y la desobediencia, a castigarse con la muerte. La disciplina fue incluso más feroz que en cualquier otro ejército de la época. Se llegó a instalar ametralladoras detrás de las líneas propias, con órdenes de disparar a todo el que huyera.

Fue un ejército sin grados ni charreteras. Se desterró el término «oficial», la bandera fue totalmente roja y los uniformes, idénticos para todos. Pero la jerarquía de mando se conservó bajo otros nombres (el comandante de una brigada era llamado *combrig*, el de una división *comdiv*, etc.). Los mandos fueron oficiales del ejército imperial, a los que se sacó de sus casas y se movilizó tomando como rehenes a sus familias, para evitar tentaciones de pasarse a los «blancos». Se los llamó «especialistas militares», pero en todo momento estuvieron bajo el control de «comisarios», directamente sometidos al Comité Central del Partido. En la práctica, los comisarios asumieron el mando a todos los niveles y dirigieron ellos las operaciones.

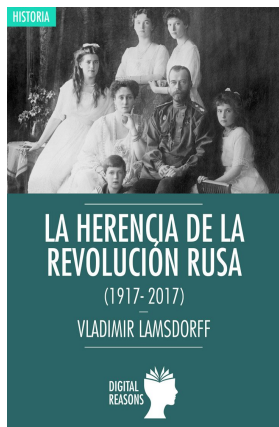
Algunos de ellos (Frunze, Antonov-Ovseyenko, el propio Trotsky) mostraron un insospechado talento militar. Otros (Stalin) no estuvieron a la altura. Pero salvo en las campañas de Polonia y Finlandia, ganaron.

¿Por qué?

Sí, ¿por qué la guerra civil española, con tantos paralelismos con la rusa, tuvo el resultado opuesto?

Las dogmáticas explicaciones comunistas, con sus estereotipos de «clase», pueden ser descartadas sin más. En cambio en la emigración «blanca», esta pregunta fue objeto de sesudos o apasionados estudios, con respuestas diversas, pero en su mayoría, no incompatibles entre sí.

¿Quiere seguir leyendo?



Acaba de leer el comienzo de *La herencia de la Revolución rusa (1917-2017)*, de Vladimir Lamsdorff. El libro completo, en ocho capítulos, repasa lo ocurrido desde la caída del zar hasta la Rusia actual y expone las leyes objetivas que, según el autor, se cumplen dondequiera que el Estado planifica la economía.

Comprar el libro completo ›

bibliotecaonline.es/la-herencia-de-la-revolucion-rusa-1917-2017

QUÉ ENCONTRARÁ EN EL LIBRO

- **De la Revolución a Lenin.** La caída del zar, la revolución de octubre, la consolidación del régimen, la guerra civil, el terror, la N.E.P. y la cultura.
- **Stalin y la economía planificada.** El ascenso de Stalin, la colectivización y la industrialización, y un análisis de la economía planificada: indicadores, progreso técnico, información y tendencias.
- **El reinado de Stalin.** El Gulag, la población, las purgas, la guerra y sus estrategias, la postguerra, las nuevas purgas y el fin de Stalin.
- **Sin Stalin y la herencia.** Jruschov, los años de estancamiento, la Perestroika y agosto de 1991; y la herencia: democracia, armamento, privatizaciones, agricultura, los nuevos rusos y la ecología.

Con un estudio de la economía planificada cuyas conclusiones no dependen del tiempo ni del lugar.

Digital Reasons

bibliotecaonline.es

pedidos@bibliotecaonline.es

ISBN (papel): 978-84-946864-7-4



Escanee para comprar